

ISMAEL CRESPO

SU PERSONALIDAD ARTÍSTICA

*A mi querido profesor
el doctor R. M. Carrasquilla*

“¡Murió el maestro!” exclamó el adorable viejecito extendiéndome una carta en que le daban la noticia de la muerte del amado poeta. Nada más me dijo, pero la melancólica expresión de su rostro me mostró cuán intensamente rudo había sido el golpe para su corazón de amigo. Yo también participé de su dolor y sentí que brotaba de mi alma algo como una protesta al recordar lo injusto de la suerte para con aquel hombre, al ver la ironía del destino que sonríe a *verseros* insignificantes, al par que pareció no sentir el paso de un verdadero artista de la lira. ¡Tiene la gloria tan raros y misteriosos caprichos!

Esta escena tuvo lugar en una austera celda del colegio de San Bartolomé, y aquel adorable viejecito era uno de los más gloriosos poetas clásicos de América: el Padre Teódu-lo Vargas.

También desapareció el ilustre jesuíta y con él aquellas íntimas y deliciosas veladas.

No parezca mero capricho el haber juntado aquí los nombres de los dos maestros: lo hago porque ambos están grabados en mi corazón con letras de oro, como un tributo de cariño e impercedera gratitud, ya que ellos dirigieron paternalmente mi despertar a la vida intelectual.

Al comenzar este ligero ensayo conviene dar idea de la literatura en el Cauca, en los momentos de la aparición del poeta, para apreciar mejor la magnitud de su obra.

El asunto no se puede estudiar siguiendo las diversas corrientes que marcan la evolución de toda literatura completa, porque esto supone una nacionalidad definida, vigorosa e independiente, con caracteres de originalidad que

la distingán de todas las demás. Es entonces cuando florecen las letras, cuando la nación, perdida su independencia, entra en decadencia. En Colombia, y en general en la América toda, si acaso se exceptúa la Argentina, nuestras repúblicas, apenas en formación, conservan aún el sello de la madre patria, con variaciones accidentales que ya comienzan a acentuarse, debido, bien al medio climatérico, bien a direcciones diversas introducidas de distintas civilizaciones, o por la inmigración que injerta nueva sangre en las venas de algunos de nuestros pueblos, en una palabra, por todos aquellos elementos que acostumbramos apellidar el medio ambiente.

Encontramos acá grandes personalidades artísticas, figuras de un relieve genial, si se quiere, pero que por sí solas no forman un organismo *con vida propia* y fisonomía característica. Podemos, pues, decir que tenemos literatos pero no literaturas.

Dejando a un lado los poetas anteriores a nuestra independencia y los que inmediatamente la siguieron, comenzaremos recordando dos grandes bardos románticos, hijos de ese movimiento general de Europa en el primer tercio del siglo XIX, Julio Arboleda y Jorge Isaacs; épico el uno y el otro el dulcísimo poeta idílico de *María*. Arboleda, apasionado por el Tasso y el Ariosto, concibió un vasto poema con los fatales inconvenientes del género en las literaturas modernas, y consiguió realizar una hermosa leyenda, no obstante ser obra fragmentaria, que puede honrosamente figurar al lado de *El Moro Expósito* del Duque de Rivas, superando el *Gonzalo* en no pocos pasajes al poema del gran romántico español, y resultando apenas inferior a la armónica y musical concepción de Zorrilla en Granada. Jorge Isaacs es poeta de inspiración genuinamente oriental, llena de colorido y emotividad, y que sintió por la naturaleza el amor ternísimo e intenso, que nos dejó tan bellamente consignado en las páginas de su doliente relato. Para buscar a estos dos grandes escritores una tradición,

tenemos que afiliarlos al movimiento literario europeo; en vano se les buscaría entre nosotros predecesores o discípulos, fueron como estrellas de primera magnitud pertenecientes a muy lejanas constelaciones.

En el territorio del Chocó, en que plugo a Dios derrochar las riquezas todas de la creación, y en que la naturaleza se defiende contra el dominio del hombre, como leona que ve amenazados sus cachorros, nacieron dos poetas, por antítesis con el suelo natal, cultivadores del género festivo: Ricardo-Carrasquilla y César Conto. Para uno y otro la musa juguetona fue apenas descanso a graves estudios y tareas. Militaron en lo religioso en campos opuestos, pero ambos dejaron obras que no morirán nunca. La labor poética de CRESPO, objeto de estos apuntes, se nos ofrece también aislada, con los caracteres que le asignaremos adelante. El infortunado Isafas Gamboa, cuya alma amorosa y grande fue mártir de esa incurable nostalgia que lo llevó al sepulcro, sólo tiene predecesor entre nosotros en Arboleda, en la parte descriptiva de su poesía. Ramón Ulloa es el primero entre nosotros que dedicó su pluma fácil a la pintura de naturalezas exóticas en su leyenda trágica y encantadora *Selima*, que es una imitación. *Cornelio Hispano* es un discípulo de los parnasianos franceses y un feliz imitador de Mauricio de Guerin, lo que no impide que sea un original cantor de nuestras comarcas. Lo propio sucede con nuestros dos mayores poetas contemporáneos, de los primeros de Colombia y de los más dignos maestros de la juventud americana: Guillermo Valencia y Ricardo Nieto. Valencia, el primer parnasiano de América en sentir de Cejador, es un glorioso discípulo de la moderna escuela francesa, poeta de selección y refinamiento, grandemente influido por la filosofía nietzscheana, óptimo traductor a lengua castellana. Ha logrado formar escuela, robándose las simpatías de muchas jóvenes intelectualidades con el prestigio de su genio, y es de esperar que siga con gloria y originalidad el derrotero emprendi-

do. En la poesía de Nieto, emotiva y colorista, se creyera hallar analogías con la de algunos maestros contemporáneos; así; *Vae victis*... parece un sonoro eco de Anarkos; algunas de sus poesías cantan la naturaleza como la cantan los poemas panteístas de Amado Nervo, y otras tienen la ensoñadora ternura de los ruiseñores de Gutiérrez Nájera.

La única corriente literaria que se acentúa entre los literatos vallecaucanos es la descriptiva, habiendo dado a las letras cuadros que parecen retazos de nuestro edénico suelo. Esa corriente la forman las deslumbradoras y reales descripciones de Arboleda, las de Isaacs, hechas con tanto amor, las del sentimental Isaias Gamboa, que evoca la imagen querida del Valle nativo, juntando a la poética y fiel descripción reminiscencias líricas que hacen sangrar el alma, y las del pulcro y delicado *Cornelio Hispano*, que resucita en sus cincelados cuartetos la vida eglógica de nuestro Valle. Aquí tiene CRESPO un lugar muy grande, aunque indirecto, por su grandioso y regio canto al *Crepúsculo*.

Si hubiéramos de buscar un medio propicio para el genio de CRESPO, lo trasladaríamos a ese grupo extraordinariamente selecto, conocedor de todas las exquisiteces del arte, el cenáculo de Lecomte de Lisle.... Allí figuraría por sus sonetos de una factura suprema y por su inspiración más profunda y filosófica que sentimental, como hermano menor de Sully Prudhomme, el poeta impecable, que supo remontar sus alas de águila por los más brumosos y elevados dominios de la filosofía. Pero, por el alma de su poesía intensa e intelectual, por su estilo sutil y a ratos conceptista, es un español de pura cepa, si bien por su viaje psicológico *Salus infirmorum* se creería un discípulo de la escuela dantesca que floreció en España a fines del siglo XIV y principios del siguiente, e inspiró los robustos y briosos dodecasílabos del maestro Joan de Mena, aunque haya un abismo entre los magistrales sonetos de nuestro poeta, semejantes a una mágica sarta de perlas, y

la rígida marcha de las monótonas coplas de *arte mayor* del poeta cortesano. El canto al *Crepúsculo*, austero y solemne, tiene el inmenso amor de la naturaleza y el alto lirismo del maestro Luis de León en la *Noche Serena*, no obstante que nos subyugue y cautive más la angelical sencillez del poeta castellano que el tono grandilocuente del canto del bardo caucano. Rara vez las liras, esas estrofas sonoras y musicales, que acusan sus rimas como facetas de un diamante purísimo, habían sido tan magistralmente empleadas como en el joyel iridescente y vívido del canto de CRESPO, desde los tiempos "del mayor de los líricos de lengua castellana." Algunas de sus estrofas parecen cinceladas por el gran agustino para mostrar a los hombres la caducidad de las grandezas terrenas, la desgarradora lucha por la vida, en la cual los más nos quedamos en la mitad de la lid vencidos, con los vestidos transformados en harapos y el corazón hecho jirones en los espinos del sendero:

Tus últimos celajes
 Recuerdan la granteza fenecida,
 Tus móviles paisajes
 Los trances de la vida
 Y tu vislumbre la esperanza ida.

El canto al *Crepúsculo*, de CRESPO, y el canto a la *Luna*, de Fallon, pueden figurar como piedras de la misma sortija.

Era CRESPO alto y esbelto, su hermoso rostro de correcto perfil, estaba adornado por un espeso bigote negro, que cuidaba escrupulosamente; sus ojos grandes, muy grandes y muy negros, sombreados por dos cuajadas cejas de ébano, parecían despedir irradiaciones misteriosas, su mirada era penetrante y viva, su voz cadenciosa y dulce, a que daba, según las circunstancias, las más propias y gráficas modulaciones, y para encanto y armonía del conjunto una frente amplia, reveladora de una gran inteligencia; conservaba el cabello, ligeramente cano y escaso, largo y cuidadosamente peinado. ¡Qué bien hubiera lucido una rica gor-

guera y qué gallardamente hubiera asomado su cruz de oro, recamada de rubíes, una daga toledana, por entre los airosos pliegues de la capa española!, me decía siempre interiormente al verlo, con mi obsesión de hacerlo uno de los poetas soldados del gran siglo.

Fue CRESPO ciudadano modelo, nervioso periodista, crítico penetrante y agudo, profundo lingüista, prosista correcto, aunque poco ameno, un poeta altísimo y lo que vale más que todo esto reunido, un carácter; jamás hizo traición a su ideal, ni se declaró vencido en la lucha, ni ofreció su pluma en el mercado público.

Nos reservamos el hablar de la vida de CRESPO, de sus trabajos como crítico, lingüista y periodista, en un estudio extenso que preparamos sobre su obra, en todas sus partes y su trascendencia entre nosotros. Bástenos decir que nació en la hidalga y tranquila Buga, de una de las más distinguidas familias caucanas. Su educación literaria fue obra de su grande amor al estudio, y se cultivó por sí mismo, llegando a poseer, fuera de su lengua materna, el latín, el francés, el italiano y el alemán.

Contra las tendencias de su época, miró a Alemania como el país de la cultura y de las grandes tradiciones clásicas, convencido ya de "que el espíritu francés.... parece más bien un nido de amores crepusculares, que de ideales de cultura," como hermosamente dijera Eloy Luis André. Lo cautivaba la poesía realista e intensa de Goethe, y recomendaba el sentido profundamente humano del Fausto; su idealismo se hermanaba muy bien con el idealismo de Schiller, a quien llegó a traducir con fidelidad y elegancia, en versos que admirara don Miguel A. Caro, y propagaba con el amor y el celo de un convencido las ideas de los sociólogos alemanes católicos.

Desgraciadamente desde su juventud comenzó a sufrir ataques de una fiebre cerebral, que más tarde lo habría de privar de la razón en repetidas ocasiones. En los intervalos lúcidos, algunos de años, la intensidad del trabajo y la

preocupación por su débil estado le acercaron, no pocas veces, la crisis en que naufragaba su razón. Muchas de sus poesías parecen alaridos trágicos y ruegos fervientes, en que consignaba sus impresiones de semiconsciente. El análisis detenido de sus obras indica claramente la marcha de su estado patológico. Murió en un último ataque de la fiebre fatal, cuando regresaba de un viaje a los Estados Unidos, lleno de vida y juventud, acariciando su pecho los más nobles y bellos ideales... ¡Pobre maestro que llevaste una vida de tempestad y acabaste tus días de labor intensa y fecunda, sobre las verdes olas del Atlántico! ¡Cuántas veces al ver tu obra y la injusticia de tus contemporáneos que te desconocieron, porque eras fuerte, porque tu alma de católico, piadosa y sincera, no transigía con sus libertinajes, y no escucharon tu voz, ni te tendieron la mano y te pasaste sin que la gloria sonriera a tu paso, acudió a mis labios, no sé por qué rara afinidad de pensamiento, el doloroso verso de Goethe, en *Hernán y Dorotea*:

Fürsten fliehen vérmummt, und Koenige leben verbannet.

La labor periodística de CRESPO se dirigió casi exclusivamente a propagar los sanos principios de la filosofía cristiana, a defender los intereses católicos y a impedir la propaganda de las sociedades secretas, tan justamente reprobadas por la Iglesia, porque el bien nunca busca el amparo de las tinieblas, siendo luz no puede temer a la luz, y Jesucristo nos dijo su divina palabra, a la vista de sus enemigos, bajo el ardiente sol de Caldea.

Manejaba CRESPO el epigrama, agudo, certero, incisivo, con la gracia y maestría propias de Quevedo, y la sátira elevada, que le produjo no pocos sinsabores, era en su mano un instrumento casi mortal.

Entre sus poesías eróticas las hay algunas de una delicadeza e idealidad exquisitas, como *Bello Ideal*, en que nos pinta a la mujer que deseara y que quizás, en su juventud, le arrebató la muerte.

Cantó tiernamente en *Idilio* los amores desgraciados de dos seres, nacidos para amarse, pero que, lejos de unir sus existencias, se ven separados por el hado implacable, ¿por qué no había de ser ese poema un comentario lírico de los amores del poeta?

Entre sus sonetos perfectísimos, que hubiera firmado Arguijo y aun el propio Heredia, descuellan: *Pigmalión*, que tiene la pureza de líneas y la morbidez espléndida que tuviera la obra del artista creador:

Aún vives alejado del tumulto
Labrador de Ideal, y sé quién eres:
El símbolo del ansia de los seres
Que rinden a lo bello excelso culto.

Sí, tiene razón el poeta, aún conservamos el culto de lo Bello intacto, como el fuego sagrado de las vestales, lo mismo que los hermanos de Homero, locamente, fanáticamente; pero también es una verdad evidente y dolorosa la que el poeta consigna en esta queja, amarga y sincera:

Mas ¡ay! la sed, que pudo a sus ardores
Ver en ínsito mármol la conquista
De intenso y mutuo palpitante de amores

En realidad adversa me contrista;
El humano verjel no da esas flores,
Ni encarnan ya los sueños del artista.

¡Oh Templo! tiene la solemne majestad de un monumento romano, y *Las Grullas* encierran, como en una bella cajita de sándalo, una reflexión desoladora, pero profundamente humana. Es un soneto alado, ideal y lleno de delicadezas. ¡Qué bellamente saluda el poeta la voladora tropa:

¡Oh tribu del Edén! ¡oh caravana
De veraniegas aves! El poeta
Desde esta patria envidia tu completa
Fusión y el rumbo hacia la luz lejana.

Con las alas armónicas por diana,
Por estímulo Amor, la Paz por meta,
Tu instinto del vivir, ¡oh banda inquieta!
Del tiempo triunfa y el espacio allana.

En *Supremo Ideal*, comentando un pensamiento de San Agustín, nos expresa su desprecio por todo lo terreno y su esperanza y deseo del cielo, nos dice:

No transitorio bien busca mi mente,
Ni corpórea beldad—ruina y despojos!
No el candor de la luz que harta los ojos...

Ni trovas ni perfumes... No en la frente
Equívocas coronas; no los flojos
Deleites de la carne—ígneos abrojos
De un abismo de sórdida pendiente.

¡Qué bien pintan estos versos el alma cristiana y noble del poeta; mejor trazada no quedara por el pincel de Velásquez!

La Ermita, esa ermita legendaria y querida, que tanto tiempo acarició el canto cristalino y apacible del Guadalupe, al ser destruída le arrancó una elegía inmensamente sentida; parecía que al derruir los vetustos muros le derruían el alma.

En 1893, cuando se encontraba abrumado de tristeza e infinitamente abatido, trazó en las paredes de su celda del manicomio de San Diego, como en otro tiempo hubiera escrito algunos de sus poemas el poeta de *Le mie prigioni*, con carbón, digo mal, con sangre, con fragmentos de alma, una *Plegaria* férvida y rebosante de ternura, a la Virgen, "de cuya voz quedó pendiente el infierno y en cuyos ojos vio oscilar nuestra aurora," y le dice en un brote filial:

¡Madre! ante el daño que mi sér consume,
¿Tu bendita clemencia se resiste?

No, la Madre no se pudo resistir, y una vez que hubo "arrojado lejos del poeta la tempestad," entonó en hoar

de la Suprema Libertadora un canto de gratitud y de triunfo, y fue a colocar filialmente a los pies de la que es

Haz de la gloria y síntesis del cielo

un cintillo de doce diamantes de la más exquisita talla. Esos sonetos son quizás la obra más profunda y hecha con más amor del poeta. Forman estos sonetos un poema continuado y autobiográfico, de una majestad dantesca, en que el poeta nos describe las infinitas tristezas y las infinitas torturas que sufrió su alma durante su fatal cautiverio moral y el gozo infinito que sintió al ver su libertad.

Comienza atribuyendo a María su libertad psíquica; fue Ella la que "renovó el oriente de su vida." En seguida nos hace el retrato de la Amada, en cuya pintura puso el poeta toda la poesía de que era capaz, todas las ternuras que atesoraba su alma :

Es Ella el lumínar de la hermosura
que al universo rige y engalana ;
alba de amor, edénica mañana,
nueva creación eternamente pura.

Como faro supremo su ternura
vela en naufragios de la mar mundana ;
oasis que a perdida caravana
refresca, orienta y salvación augura.

¿Quién, bajo el ala de la Fe sublime,
no ha sentido el influjo de la Amada
que de vil servidumbre le redime ?

En las noches sin luz de mi jornada,
cuando la adusta realidad me oprime,
es para mi caricia de alborada.

No contento con esto quiere ensalzar el misterio y canta las excelencias de la que simultáneamente es virgen, esposa y madre, viendo en esa realización del "ideal eterno de Dios la pura concentración de la vida." Ante la excelsitud de la obra divina comprende lo falaz y efímero de las ter-

nezas y de las obras humanas, y nos expresa su deseo íntimo por las cosas del cielo :

Al afecto esencial mi desvarío
tiende en tumulto de olas, no halla paso,
y el dique salta el desbordado río.

Para, en seguida, excusarse de lo que él juzgara un atrevimiento, diciéndonos que "exhaló este grito...." :

bajo el tedio fatal de lo finito.

En el cuarto soneto nos advierte expresamente que su canto es un canto de gratitud y que aprovecha la ocasión proporcionada por algunas personas piadosas que tratan de formar un álbum :

Y ya que un *Album* la piedad te cefrenda,
venga el laúd de las austeras fibras,
y dé la devoción humilde prenda.

Amo el silencio, pero tú ya libras
la lid que viene a despejarme senda :
¡ sea, si en triunfos de mi plectro vibras !

Invoca la ayuda de la "bíblica nube del Carmelo" :

¡ Ah ! si me infundes religioso celo,
Si me asiste de cerca tu mirada,
Si me transportas a Sión sagrada,
No morirán mis notas...

Una vez que "presiente el querer" de la que para él es "la zarza ardiente, la estrella."

De máximo esplendor en lo creado, entonces emboca el clarín épico y nos permite acompañarlo en su viaje grandioso y apocalíptico. ¡ Cómo vibran los mágicos endecasílabos, con sonidos metálicos y graves :

En ledas alas de fiel memoria
recorreré la indescriptible ruta
que en sombras vi y en lucidez de gloria.

Comienza su extraña peregrinación pintando su espantosa caída, con este espléndido símil, épicamente grande:

Como viajero que en abismo ignoto
súbitamente por su mal cayera,
y rodando de insólita manera
ni fondo hallara ni confín remoto;

cual moribundo que ante el hilo roto
de la vida en mitad de su carrera,
en el caos su viva muerte viera
ya sin acción, sin voluntad, sin voto;

como sombra tangible en los horrores
de eterna noche de cruel tormento,
en centro ajeno a todos los amores;

como réprobo, en fin, que al escarmiento
del imperio infernal de los traidores
fuera lanzado en su postrer momento,—

entre sorpresas de elemento extraño,
así se halló de pronto mi existencia...

¡Pobre poeta! cómo debió sufrir su alma de creyente en ese tétrico viaje por el lugar de la desesperanza; él se vio con la señal del precito en *la citta dolente*, perdido irremediabilmente entre las más terribles e inenarrables torturas. No entró él allí como el Dante, conducido por la túnica blanca de Virgilio, con la esperanza de volver de aquel terrible turismo, se sintió perdido, hundido para siempre en las sombras....

Pero

“Nunca muere el poder que resucita”;
“las preces de su hogar paterno de almas leales alcanzó su vuelta de la región de los proscriptos”:

Satánicos destrozos
con que la crisis interior espanta,
trocados fueron en divinos gozos.

Después tuvo su mente una súbita invasión de luz, por un dón inefable de vidente asiste “a la cita del fin”.... Como coronamiento de la visión suprema contempló la plenitud de la gloria:

Callad, callad, ¡oh Arte y Poesía!
para narrar lo simultáneo eterno,
ni tiempo ni lenguaje se hallaría.

El poeta regresa de su viaje a las moradas eternas.... Entonces le ruega a la Libertadora que lo asista, que lo haga bueno, que jamás el pecado anide en su alma....

Sojuzga ya mi carne....
y cuando llegue el infalible ocaso,
oiga tu voz, perciba yo tu paso,
y vaya a ti, y esté en tu ciudadela.

¿Cómo no habría de ser oído? ¡Qué no hará la altísima realeza de María

en voluntades que templó el quebranto?

Y luégo, como para obligarla más, el poeta hace un recuerdo de su antigua desgracia:

Ya ves que vuelvo a levantar un canto
sobre montañas de anterior tristeza:
inclína a mí, propicia, tu cabeza,
míra que vierten mis esfuerzos llanto.

Termina:

Aviva el fuego tú, Virgen Bendita,
colmo de amor de mi alma solitaria,
único ideal que mi existencia agita!

Y el poeta excelso colgó su plectro de cuerdas de oro.

CIRO MOLINA GARCÉS
Bachiller en filosofía y letras